

Identidades e identidad nacional en el mundo contemporáneo

Aneta de la Mar Ikonómová*

Profesora / investigadora
Facultad de Finanzas, Gobierno
y Relaciones Internacionales

correo electrónico:
aneta.ikonomova@uexternado.edu.co

I. INTRODUCCIÓN

Hoy día es común escuchar opiniones de que el Estado-nación está en crisis, que la identidad nacional se está debilitando y fragmentando, que los conflictos nacionales son cada vez más complejos, algunos hasta sin salida (por ejemplo, el de los kurdos). Hace unos 30 años o más hubo varios razonamientos que provenían desde distintos y también opuestos puntos de vista, diciendo que los nacionalismos extremos habían estado en vía de desaparición y ya no deberíamos preocuparnos por cuestiones nacionales, puesto que el progreso del Estado-nación garantiza la seguridad y el futuro de la sociedad democrática. Sin embargo, en la actualidad no sólo se evocan los conceptos de la idea nacional, el nacionalismo, la identi-

dad y la etnicidad, sino las posiciones de académicos, políticos y ciudadanos a duras penas llegan a consenso. Los discursos de investigadores como Anthony Smith, Eric Hobsbawm, Jürgen Habermas; de estadistas como el ex presidente de Yugoslavia Slobodan Milosevic, el candidato de la presidencia en Francia, Jean-Marie Le Pen, el líder ultranacionalista austríaco Jörg Haider; de ciudadanos como el estadounidense Michael Moore parten desde diferentes puntos de vista, utilizan distintas nociones, llegan a disímiles conclusiones: es que buscar el sentido común cuando se habla de nacionalismos e identidad nacional, no es nada fácil.

Entonces, ¿es posible pensar, que hoy día, en la era de la globalización, tenemos nuevos procesos, distintos y desconocidos para los tiempos anteriores que ponen en

* Fecha de entrega, 24 de agosto de 2005. Fecha de aceptación, 7 de septiembre de 2005.

otro contexto la idea nacional, o hay problemas que vienen desde atrás, sólo que antes no fueron comprendidos en su complejidad sustancial? La sociedad moderna “tenía que garantizar” el progreso y la novedad en todos los aspectos de la vida, pero difícilmente permitirá que se piense y entienda lo que no es específicamente pertinente a la estructura económico-socio-político y cultural del Estado moderno, tomado como un modelo para todos los países del mundo. En tal caso, ¿es verdad que el Estado nacional logró una homogenización de sus habitantes cuando la identidad nacional consiguió una imponente fuerza centrífuga para promover la cohesión económica, social, política y cultural?

Bueno, es posible que más pronto estemos hablando de un mito, de un proyecto del Estado-nación, que de una realidad que nunca se dio por ser la homogenización nacional una idea y no una práctica común. No obstante, es cierto que hoy los estados-nación se definen según la proyección de su uniformidad nacional, entonces unos se consideran más homogéneos desde el punto de vista étnico y cultural que otros (Japón, Israel), también existen los que se determinan como multiétnicos, multiculturales, multipluralistas (Canadá, Colombia), unos terceros prefieren utilizar el componente lingüístico (Suiza, Bélgica), también está en juego el concepto multirracial (Estados Unidos, Sudáfrica), en otras ocasiones el concepto religioso —la nueva constitución iraquí

define el Estado de Iraq como multirreligioso—. Sin embargo ¿de dónde proviene esta diversidad que no se puede esconder detrás de estos términos inventados, hasta qué punto es entendida, aceptada e incluida funcionalmente dentro del Estado-nación?

Ahora este último es un producto de la modernidad europea; se creó como identidad política definida a través de un territorio delimitado, una población constante, un gobierno representativo, unos ciudadanos con igualdad legal, una comunidad colectiva de carácter diferenciador respecto a otras y dentro de la cual se profesa fidelidad hacia el Estado, entendido como “patria” para todos los nacionales. La complejidad de los estados-nación parte desde la idea misma de su construcción: en unos casos, gracias a la idea nacional se pudo consolidar el Estado nacional donde el objetivo político nació con la emancipación nacional; en otras ocasiones, la elaboración de la identidad nacional fue forzada por los que legitimaron su poder en los organismos políticos de estados ya formados. Hay diferencias acentuadas entre los países europeos en el siglo XIX donde unos, por medio de la unificación nacional, llegaron a construir su Estado-nación (Alemania, Italia, los países de Europa del Este), y los que abolieron o se salieron de las monarquías centralizadas y/o transatlánticas para iniciar su Estado-nación, partiendo de la base de un límite gubernamental, territorial y demográfico (Estados Unidos, Francia, los estados latinoamericanos).

Los ejemplos se multiplican y diversifican en el siglo XX: antes, entre y después de las guerras mundiales el mapa del continente europeo otra vez queda fragmentado, así que el derecho de autodeterminación, válido para unos pueblos sin Estado, pero no para todos, abrió la puerta de nuevas formaciones estatales como Albania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, la Unión Soviética, Turquía; después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania Federal, Alemania Democrática, etc. Al mismo tiempo en Asia y África, desde la mitad del siglo XX, el número de estados descolonizados, ahora ya nacionales, empezó a multiplicarse dando al mismo tiempo origen a los diversos problemas étnicos que existen hasta hoy día sin vislumbrarse una solución definitiva. El proceso de consolidación de nuevos y otros, no tan nuevos estados, no paró hasta allí: la caída del comunismo en Europa (1989-1991) produjo otra vez partición de estados (de ex Yugoslavia, ex Checoslovaquia, ex Unión Soviética). Además, la avalancha de los nacionalismos “tapados” durante la Guerra Fría vino con una fuerza desmesurada en la última década del siglo XX. Así hoy en día los problemas nacionales -vistos como conflictos, choques armados, nacionalismos exagerados, movimientos y partidos políticos ultra nacionalistas-, tengan o no tengan que ver con el terrorismo, no salen de la agenda de la política internacional.

Timor Oriental es el último Estado-nación que alcanzó su soberanía nacional, apoyado y reconocido después de tantos

años por la comunidad internacional (2002), pero quién sabe, durante este milenio cuántos otros estados seguirán para cuestionar el establecido mapamundi, hasta ahora bastante fijo, pero nunca prolongadamente constante.

II. PROBLEMATIZANDO LA IDENTIDAD NACIONAL

El presente artículo no tiene como propósito analizar los problemas de los choques nacionales y los distintos tipos de nacionalismos, sin embargo cuando se pone en cuestión la importancia de la identidad nacional y las distintas identidades que proporcionaron su base de construcción y están presentes hoy día más que antes, esto nos obliga a volver a pensar en qué consisten realmente estos conflictos nacionales y por qué no pueden cesar en la época contemporánea.

La tesis de este estudio parte de la premisa de que las identidades son por naturaleza variadas y existen desde el inicio de la historia humana: son de territorio, de género, de edad, de roles sociales, de religión, de ideologías, etc. El ser humano es la única especie que las evoca, les da forma y sentido, las conserva y destruye, las valora y descalifica. Observando el transcurso de la historia universal somos testigos, aunque indirectos, del surgimiento y la transformación de entes de identificación que varían según el tiempo, el territorio y el contexto coyuntural.

La identidad nacional, profundamen-

te intercalada con la época moderna, es una construcción que no se diferencia mucho de las ya existentes. Su novedad radica en que logró abarcar toda la población y el territorio del planeta debajo de una sola fórmula que promovió con el proceso de construcción del Estado-nación: ¿qué nacionalidad tienes? Ahora la identidad, tomada en sentido genérico, por ser única y no intercambiable cuando evoca el origen del individuo, transmite el sentido de procedencia no intercambiable a la identidad nacional. Aunque se puede tener más de una identidad nacional, el punto de partida es siempre un núcleo primordial desde donde parte la posibilidad de adoptar otras identidades y pertenecer a otros entes nacionales. La identidad nacional posee un carácter auténtico y singular para sus portadores: ninguna nacionalidad se parece a otra.

Ahora, las otras identidades: regionales, étnicas, lingüísticas, religiosas, culturales, ideológicas, de género, de minorías o mayorías de un Estado..., pueden estar en una situación de sometimiento, marginación, olvido, prohibición frente a la identidad predominante casi siempre de índole nacional. Cuando la sociedad democrática introduce la idea de que todos los ciudadanos son iguales en derechos y deberes frente al Estado nacional unificador, de este manera la identidad nacional se interpone como predominante y se convierte en el objeto del proceso de cohesión social. En los estados comunistas antes de la caída del muro de Berlín se

interponía la conciencia internacional de la clase trabajadora que se supone reconocía los nacionalismos de origen burgués. Sin embargo, en la práctica no sucedió esto: siempre hubo más de una identidad significativa, fuese o no nacional, internacional, ideológica, religiosa... La sociedad es por naturaleza una red intercalada de distintas identidades.

Hoy día las identidades nacionales y las no nacionales están en un punto de reafirmación, renovación y convergencia puesto que hay más variedad y más relaciones reconocidas entre ellos mismos. Sin embargo, es cierto que la situación es bastante difícil de descifrar y comprender: parece que como ciudadanos no estamos acostumbrados a tener un montón de identidades visibles, otras de índole y expresión contradictorias y, al mismo tiempo, ser uno, auténtico y consciente de sí mismo, y de la época en que vivimos todos.

III. EL DEBATE TEÓRICO SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL, LOS NACIONALISMOS Y LAS OTRAS IDENTIDADES

El debate teórico sobre la identidad nacional y los nacionalismos es más que una cuestión puesta en la mesa de discusiones: es una polémica infinita y multifacética. Su inicio está en las últimas décadas del siglo XIX, sin embargo, hasta hoy día los participantes de este debate generan conceptos e ideas, que raras veces convencen a la mayoría del público para que acepte

estas posiciones, así que no existe uniformidad teórica. Es que los investigadores en este campo interdisciplinario tienen en cuenta siempre casos concretos y específicos, pero como nos dimos cuenta anteriormente, la identidad nacional guarda una particular singularidad así que cada caso es en realidad único, aunque el fenómeno sigue siendo universal. Aunque la idea nacional tiene mucho que ver con el pensamiento del mundo occidental, de donde parte su formación y su divulgación en forma teórica, es bastante difícil coincidir en las opiniones cuando hay tantos y tan distintos puntos de partida para la reflexión, y al mismo tiempo es imposible conocer cada rincón del planeta donde se dan identidades distintas de las ya familiarizadas.

Ahora, superando la dificultad ideológica y metodológica -de que no hay solamente una teoría dominante para el análisis y la conceptualización del fenómeno nacional¹-, nos damos cuenta de que en el debate actual hay dos grandes paradigmas explicativos y éstos funcio-

nan a la par como productores de sentidos que alimentan la discusión. Los llamados modernistas defienden el modelo cívico-político; los primordialistas, los prennialistas y los comunitarios (no tienen un nombre específico, porque son variados) están detrás del modelo étnico-cultural². El debate sobre estos dos principios ha sido racionalizado por el historiador Eric Hobsbawm (1991), uno de los pensadores más importantes en este campo de estudio, quien afirmó que terminando el siglo XIX ya no se podía hablar de dos modelos, porque el Estado liberal logró hasta cierto punto fusionar lo étnico con lo cívico. Pero la producción de libros, monografías y artículos no cesa hasta el día de hoy, los dos modelos siguen siendo promotores de dos visiones distintas, aunque no siempre opuestas ni tan desconectadas.

Los modernistas buscan argumentaciones para su punto de vista a través de la idea de un nacionalismo progresivo que produjo la cohesión nacional en términos positivos (Kohn (1966) y sus segui-

¹ Hoy día somos testigos de la producción de una gran variedad de trabajos sobre el tema nacional y el debate sigue en todo el mundo, sin embargo, leyendo los textos escolares, manuales difundidos, escritos de gran divulgación se interpone una visión bastante uniforme del tema nacional y así se esconde la polémica que está detrás de unas definiciones. Por ejemplo, en la enciclopedia Encarta 2004, se puede leer: "Nacionalismo, ideología política que considera la creación de un Estado nacional condición indispensable para realizar las aspiraciones sociales, económicas y culturales de un pueblo. El nacionalismo se caracteriza ante todo por el sentimiento de comunidad de una nación, derivado de unos orígenes, religión, lengua e intereses comunes".

² Para conocer el debate teórico, los últimos temas y los trabajos de investigación sobre identidad nacional, nacionalismos y otras identidades, véase Antonio Santamaría. "El estado de la cuestión: nacionalismo, identidad y etnicidad. Nuevos enfoques, nuevas teorías", en *El Viejo Topo*, núms. 203 y 204, año 2005, febrero y marzo, pp. 31 - 41 y pp. 51-59.

dores). No obstante, sus oponentes denuncian que “bajo el manto de los valores universales de los modelos cívico-políticos han impulsado agresivas políticas asimilacionistas que no respetan ni diversidad cultural, ni diferencia étnica, y que persiguen en último término la homogeneidad forzada de la población al núcleo cultural dominante, para lo que han acuñado el concepto de “etnocidio”” (SANTAMARÍA, 2005:54).

En este grupo de trabajos se tiende a suscribir la monografía de Samuel Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (2004)³, donde el autor evoca el modelo cívico-político para demostrar cómo éste llevó a Estados Unidos a la prosperidad y la cohesión de la nación, construida alrededor del núcleo étnico anglosajón. Huntington inicia su libro con la preocupación de que hoy hay una crisis de la identidad nacional estadounidense y ésta se inscribe dentro del malestar global alrededor de la identidad; por eso es necesario evocar los valores cívico-políticos de la democracia estadounidense que nacieron en el núcleo fundador: la cultura angloprotestante. En la época actual la gran amenaza para los ciudadanos estadounidenses proviene desde la migración extranjera, la cual no se deja asimilar como lo hizo la que vino en

los tiempos anteriores, convirtiéndose en masas identificadas de manera política, social y cultural con su origen americano (latinoamericano), sin embargo distinto al del grupo fundador. La hispanización de Estados Unidos es vista como una inmigración diferente porque las comunidades de emigrantes provenientes del resto de América no niegan sus raíces latinas y católicas, incluso hacen lo más peligroso para la sociedad estadounidense: hispanizan una considerable parte del territorio y así ponen en peligro la influencia de los valores invocados por los fundadores de la nación. El autor concluye: el futuro es incierto, si no se trabaja para la consolidación de la nación alrededor del modelo cívico-político angloprotestante.

Otros autores modernistas que se dedican a la teoría primordialmente consideran que se puede dar una ruptura con el nacionalismo y volver a las formas modernizantes del republicanismo democrático (Mauzicio Viroli)⁴, o proponen una versión cívica de la modernidad capaz de integrar la identidad nacional (David Miller y Brendan O’Leary)⁵. Cuestiones como la identidad: sentido, origen, formas de expresión, etc., dan vuelta a la tuerca respecto de la discusión general.

Uno de los nombres más reconoci-

³ Sobre Estados Unidos en la época contemporánea y el libro de Samuel Huntington véase Pierre Gilhodes “Un sistema internacional inestable con dominio de Estados Unidos”, en *OASIS*, No. 10, 2004/2005, Universidad Externado de Colombia, pp. 5 – 42.

⁴ Véase el artículo de Antonio Santamaría. Op. cit.

⁵ Ibid.

dos en el campo del estudio de la identidad, nacionalismo y etnicidad es el de Anthony Smith. Al partir de la idea de que hay múltiples identidades y sólo una de ellas es la identidad nacional, Smith hace una propuesta importante para el debate teórico. En su libro, *La identidad nacional* (1997), el autor analiza los procesos étnicos como genéricos al momento de construir la identidad nacional. Al recorrer los siglos y los distintos tipos de construcción de naciones, Anthony Smith concluye que aunque la nación y el nacionalismo son productos de la época moderna, existían naciones en las épocas anteriores: en la Edad Media. La continuidad nacional es tan importante como la misma nación; no se puede pensar en estados como Francia, Inglaterra, Rusia, España, ... sin tener en cuenta los procesos de consolidación de la población alrededor de símbolos que evocan las comunidades étnicas, representadas y dirigidas por monarcas medievales y adelante, durante el Antiguo Régimen, por monarquías fuertemente centralizadas.

Sobre la época contemporánea Anthony Smith da su punto de vista:

Actualmente la identidad nacional es la forma principal de identificación colectiva. Sean cuales sean los sentimientos de los individuos, la identidad nacional supone el criterio supremo de cultura e identidad, el único principio de gobierno y el foco fundamental de la actividad social y

económica. El atractivo ejercido por la nación y el nacionalismo es un fenómeno global: no hay zonas en donde no haya protestas étnicas o sublevaciones nacionalistas. Alabada o vilipendiada, hay pocos indicios de que la nación esté siendo superada y no parece que el nacionalismo esté perdiendo ni un ápice de su controvertida fuerza y significación popular (Smith, 1997: 154).

La afirmación de que no se puede esperar un declive de la identidad nacional, hace pensar en el hecho de que la base de la construcción de la identidad nacional es bastante fuerte y que el fenómeno nacional supera tiempos y espacios. Por ser una identificación colectiva, que actualmente se da en todas partes del planeta, la identidad nacional no se puede globalizar más de lo que se hizo en el transcurso de la historia. El autor sostiene que cuando no hay memoria, no hay identidad, lo que quiere decir que un proceso neutro de globalización, dirigido e impuesto sin la identificación nacional, no puede funcionar, porque es imposible que se dé.

Por otro lado, los así denominados primordialistas tienen el concepto de que la nación parte de una estructura sociobiológica o cultural primordial. El parentesco, la lengua, la religión y el territorio dan el inicio de la etnia. Las modernas naciones siguen estos elementos de construcción, renovándolos (Pierre Van der Berghe)⁶. Los prennialistas van más ade-

⁶ Ibid.

lante cuando concluyen que no hay diferencias entre etnias y naciones: ambas son bastantes parecidas y los lazos de solidaridad funcionan de manera similar en los dos casos. “La etnicidad tiene una dimensión biológica que más allá del “ser”, implica un “hacer” y un “saber” que preserva y aumenta la identidad colectiva, pero que también es capaz de transformarse y adaptarse a los cambios, salvaguardando la “autenticidad” y la “fidelidad” a su propio genio”⁷.

Los investigadores que no parten exclusivamente desde las premisas políticas, económicas, históricas, tienen la ventaja de rescatar lo que se escapa de la vista de los demás: la diversidad y la heterogeneidad presentes en toda la población del mundo. Esta realidad presente se puede ver cuando una comunidad o grupo no es identificado sólo por una idea unificadora sea nacional, religiosa, política, etc. Reconociendo la existencia de más identidades y especificidades, adscritas visiblemente o escondidas bajo la apariencia formal, se descubre la heterogeneidad que nunca abandonó la sociedad moderna. La diversidad está en las herencias coloniales, en el sincretismo cultural, en los legados de las culturas nativas (indígenas, vernáculas, autóctonas, aborígenes), en las comunidades tradicionales, unas aisladas otras conservativas, terceras conservado-

ras, pero casi siempre caracterizadas como subdesarrolladas. Las identidades, de diferentes naturalezas, pueden flotar por el cuerpo aunque no sean anunciadas específicamente en la idea nacional (la diversidad cultural de los habitantes del Caribe). Las lenguas también guardan un bagaje lingüístico-cultural que evoca identificaciones más allá de las visibles (las palabras de origen turco en el habla cotidiana de los distintos países de los Balcanes). Las costumbres y los rituales pueden seguir una tradición muy distinta de lo que se impone como identidad oficial (la santeoría en Cuba comunista)⁸.

Las identidades nacionales, locales, étnicas, religiosas, etc., consolidan la conciencia común a través de tres factores: el mito (también aquí entra la historia, las tradiciones, las creencias comunes unificadas), el símbolo (no hay comunidades sin introducir un lenguaje simbólico que marque la especificidad de la identificación particular y única de este grupo de masas) y la comunicación (sin contactos y relaciones elaboradas no es posible la supervivencia de la comunidad). Una identidad puede perdurar en el tiempo, aunque siempre está expuesta a procesos de reforma, disolución, asimilación, renovación, también puede ser víctima del genocidio (los habitantes del Caribe de la

⁷ Op. cit, p. 38.

⁸ Sobre este tema hay varios estudios en los últimos años. Uno de los mejores escritos sobre Colombia es del antropólogo inglés Peter Wade, *Música, raza y nación. Música tropical en Colombia*. Vicepresidencia de la República de Colombia, Bogotá, 2002.

época precolombina) o de la accidental desaparición.

Ahora bien, una de las ideas más importantes para el debate teórico es del mundialmente reconocido historiador Eric Hobsbawm. Uno de sus textos más destacados es *La invención de la tradición* (Hobsbawm, 1997) que fue publicado en 1983, y en el cual el autor revela la peculiar situación de las tradiciones.

El historiador es de los profesionales que más desconfían en las “verdades” obvias aceptadas por los demás seres humanos, acostumbrados a creer en lo que escuchan y lo que ven, pero sin saber el porqué. Pero el oficio del historiador es, antes de aceptar lo obvio, poner a prueba los hechos a través de fuentes primarias y otros textos, y también mediante paralelos y razonamientos analíticos que puedan surgir con el fin de descubrir lo sucedido. Por esta razón Hobsbawm llegó a la conclusión de que es necesario investigar las tradiciones sin tomar a priori su supuesta autenticidad. El autor contribuyó con toda una tipología de las tradiciones inventadas que no tienen una existencia previa, pero sí una función especial dentro de la construcción de las ideas nacionales y las identidades.

Existen varios ejemplos de invención de una simbología de pertenencia a un grupo o de tener exclusividad frente a los demás. Así se inventan historias de que hubo un pasado glorioso, exclusivamente para esta comunidad, pero aquél no coincide con lo que dicen las fuentes. Éstas

siempre dependen de quién escribió y quién interpreta, analiza y hace la divulgación. Sin embargo, sucede que la historia oral o escrita es reelaborada como la historia nacional de elevado patriotismo, sin que coincida con lo que se pueda averiguar de sucesos anteriores.

Tomando un ejemplo, el de los japoneses, se puede ver que en el mito sobre el origen primordial de los japoneses se habla de un inicio donde la especie humana japonesa no tiene que ver con los otros pueblos de Asia, porque es de un origen singular no relacionado ni con los chinos ni con los otros asiáticos. Pero así se esconde el proceso migratorio desde Asia hacia las islas japonesas de donde partió la formación étnica de los nuevos habitantes. La exclusividad de linaje, promueve la homogeneidad de la sociedad situada en un archipiélago de pocas islas que facilita el aislamiento que perduró por años. Ahora, la potencia del Estado-nación japonés desde hace un siglo apoya y alimenta el viejo mito de la exclusividad de lo japonés. En cuestiones de identidad: está nunca se pierde, porque está en la sangre de origen, incluso cuando se niega o se renuncia oficialmente. Esto explica por qué el ex presidente peruano Alberto Fujimori encontró una acogida sin precedentes en Japón, cuando fue derrotado en su país natal Perú. Aunque negara que tuviera nacionalidad japonesa, para ser presidente del país donde vivía y en él se posicionaba para mandatario del Estado, su identidad de origen japonés nunca fue

renunciada -es que no se puede renunciar a ser japonés-.

Benedict Anderson, antropólogo y especialista del Lejano Oriente, al inicio de los años 80 elaboró uno de los conceptos más originales y funcionales para el debate teórico y el análisis de las identidades nacionales. Casi una generación de investigadores sigue la idea de la nación que dio Anderson: “una comunidad políticamente imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1993: 23). Imaginada, porque hay comunidades no imaginadas, visibles donde todos los miembros se conocen y están en contacto directo, por ejemplo: una tribu, una comunidad indígena, una aldea, la ciudad-polis en la Antigua Grecia... Las comunidades imaginadas tienden a abarcar personas que nunca hacen una totalidad visible, pero sí supone la existencia de unos “otros” que son como “nosotros”. Cualquier nación es una comunidad imaginada, también las religiones universales poseen las mismas características de comunidades que nunca se pueden reunir en un lugar y conocer, pero son una unidad a través de creencias, símbolos y rituales comunes. Hoy los especialistas ponen en duda si las comunidades del ciberespacio, estos grupos de personas que se pueden escuchar y ver sin estar en el mismo lugar, pero en la misma red, son visibles o invisibles.

Cuando se dice que la nación es limitada, esto quiere decir que las fronteras finitas marcan la dimensión de la comu-

nidad aunque en el transcurso del tiempo cambian, además la población aumenta o disminuye, según la coyuntura. La comunidad es soberana: la garantía y el emblema de la libertad es el derecho de autodeterminación de un Estado soberano. También, “La nación es una comunidad”, idea que proviene del compañerismo que se da entre los miembros de la nación que experimentan complicidad promoviendo proyectos comunes o defendiendo su fidelidad a la nación y al Estado que la representa.

Benedict Anderson promovió los estudios de las identidades y las naciones; su idea traspasó las fronteras de los conceptos tradicionales que miraban la nación desde una perspectiva histórica, política, pero en sentido de la teoría occidental. Gracias a su contribución se introdujeron temas que más tarde fueron retomados para ser desarrollados por las siguientes generaciones de investigadores: la diversidad cultural de los entes nacionales, el patriotismo, el valor de los mapas, la construcción de identidad nacional fuera de Europa, etc.

IV. DESDE EL DEBATE TEÓRICO HASTA LA PRÁCTICA

En las siguientes páginas se evocarán temas concretos y ejemplos específicos que muestran cómo el debate teórico alimenta lo práctico, al mismo tiempo que las reflexiones de problemas específicos proponen un cambio a la política y la práctica ya establecidas.

a. Las identidades nacionales contemporáneas no han perdido su fuerza, al contrario, se han fortalecido en el tiempo

“Identidades supranacionales” o “transnacionales” son términos que están de moda hoy día. Además, muchas veces se cree que por razón del agotamiento y debilidad de las identidades tradicionales y del Estado-nación, ahora en la época de euforia de la globalización, éstas son remplazadas por unos nuevos términos y conceptos. Sin embargo, eso no es exactamente así. Miremos, entonces, uno de los casos más obvios: la identidad europea, una identidad supranacional⁹.

Se trata de una nueva identidad que representa no sólo una noción de Europa -como lo hizo años atrás-, sino la realidad europea aquí y ahora. Pues, ya existe la Unión Europea, la moneda común, la bandera, el himno, la constitución (aunque esta última se encuentra en un camino difícil, no obstante, es un proyecto europeo sin precedentes).

Ahora, se puede observar que la construcción de la identidad europea pasa por un proceso muy similar a la formación de la identidad nacional, la cual en términos históricos partió desde la identidad regio-

nal. Pero la idea de Europa es menos que un sujeto de construcción, más que todo es un producto, una realidad con formas cambiantes y dinámicas distintas que transcurren en el tiempo. La identidad europea no existe antes de su definición y codificación, es decir, hasta los últimos años del siglo XX cuando la Unión Europea se hizo realidad como institución europea. Aunque la Unión produce mucho escepticismo hasta hoy, es necesario recordar que la idea de Europa era primero de carácter cultural y después, política, es decir, no se puede esperar un proceso fácil cuando se introduce un ente político que nunca existió previamente, pero se posiciona por encima de lo que es un Estado-nación en el continente. Así que la identidad de Europa guarda relación con las formas etnoculturales de los países que no desaparecen como identidades nacionales, sin embargo, la idea europea incluye la diversidad que fue marginada dentro de lo nacional. La identidad europea, vista como un nuevo imaginario colectivo, abarca variedad de culturas y no siempre éstas son tan opuestas y tan desconocidas entre sí. Por eso se puede decir que se trata de un proyecto común, donde todos se identifican con la noción de Europa. Además, de una ideología en sentido de siste-

⁹ Sobre la idea de Europa y la identidad europea hay una amplia literatura. Véase unos autores que participan en la polémica: Franco Berardi. “Por una Europa menor”, en *Archipiélago*, No. 58 /2003, *El deseo de Europa*, Barcelona, pp. 41-49, Wu Ming 2. “Erebu”, en *Archipiélago*, No. 58 /2003, *El deseo de Europa*, pp. 7-11, Étienne Balibar, Bertrand Ogilvie. “Política de la im-potencia: ¿mediación europea?”, en *Archipiélago*, No. 58 /2003, *El deseo de Europa*, pp. 50-58.

ma de pensamientos, de una visión del mundo, de una doctrina política que moviliza las masas para llevar a la práctica lo que es tomado como una idea e identificación común. Entonces, hablar de una identidad supranacional europea que desplaza la nacional, no puede ser cierto en este caso. Por ser una identidad supranacional, ésta está por encima de las nacionalidades europeas, sin embargo, éstas se guardan dentro de la nueva. Además, la nueva identidad no tiene un carácter transnacional: de todos y de ningún lugar en particular. Es que es de los habitantes del continente que coinciden con la idea europea y se identifican con un territorio específico de Europa.

Ahora, lo que se puede observar hoy en día es que la identidad nacional no sólo no ha perdido su fuerza, sino al contrario, ha aumentado su potencialidad al mismo tiempo de fortalecer la identidad regional y local. Por un lado, los conflictos nacionales del país Vasco, de Irlanda del Norte, de Córcega, de Kosovo, de Cataluña, de Bélgica..., siguen presentes, además, no han disminuido su fuerza en la última década, excepto de Irlanda del Norte. Por otra parte, los discursos nacionalistas no bajan de tono: en las campañas electorales aparecen tan animados que evocan libremente la lealtad nacional frente a la de la idea común: Europa. También es cierto que casi todos los países europeos hoy tienen partidos y movimientos ultra-nacionalistas, apoyados por la extrema derecha y/o la extrema izquier-

da. Así que, la identidad nacional no está en vía de extinción: es que la identidad europea facilitó su reafirmación y renovación en la época contemporánea.

b. Las identidades frente a la crítica del Estado democrático y el concepto tradicional de la ciudadanía

Somos distintos e iguales: distintos de culturas de origen e iguales de derechos democráticos. Somos ciudadanos, pero no somos idénticos, nuestras diferencias no se pueden negar. Es que las diferencias culturales son por naturaleza irreductibles.

Esto no es un lema de un movimiento social o étnico, ni tampoco de un grupo que busca derechos de ciudadanía en el momento de afirmar sus diferencias; aunque podría ser. “Las diferencias culturales son irreducibles”, lo dice Homi Bhabha, reconocido investigador de la India quien aportó mucho a los estudios poscoloniales, además concluye que las diferencias culturales son de naturaleza híbrida y ambivalente (Bhabha, 1994). Por otro lado, Will Kymlicka, autor canadiense, propuso que el lugar de la diversidad cultural en el Estado democrático debe darse por medio de un reglamento jurídico-político que establece más derechos y libertades de los ciudadanos (Kymlicka, 1996).

No obstante, estas nuevas ideas no logran ser acogidas fácilmente, porque está presente la incertidumbre de cómo incluir la heterogeneidad en el Estado nacional, cuando eso produce un pánico en la teo-

ría occidental, acostumbrada a manejar puntos binarios: progresivo vs. regresivo, positivo vs. negativo -dice Mary Louise Pratt de la Universidad de Stanford-, además concluye:

“La teoría social tradicional tiende a presuponer los valores y privilegios del ciudadano e imaginar la sociedad como si fuera para todos. De ahí la tendencia a postular un sujeto social uniforme y a imaginar la colectividad sólo a base de la homogeneidad. Por eso la casi imposibilidad de pensar en lazos sociales basados en la diferencia y no en la semejanza” (Pratt, 1995: 22).

Otros teóricos como Walter Mignolo (2000) y Arturo Escobar (2002) buscan una manera nueva y distinta de introducir la diversidad dentro de la teoría y esto los llevó a proponer el concepto de espacio fronterizo donde se cruzan distintos mundos, todos unidos dentro de un proceso global iniciado por el mundo moderno occidental. Las bases de emergencia de este espacio fronterizo están en la misma idea de la modernidad, vista como un mundo moderno/colonial donde la relación centro de poder/periferia es entendido como poder vs. subordinación

o explotación. No obstante, aunque el diálogo igualitario entre los dos polos desde el principio está negado, el espacio fronterizo se construye en la convergencia de valores opuestos, sentidos contradictorios y expresiones diversas, las cuales desembocan en una diversidad auténtica y original. En este sentido, el espacio fronterizo se puede definir no sólo como el lugar de encuentro entre lo opuesto y lo semejante, lo extraño y lo familiar, lo nuevo y lo tradicional, sino también como la conjunción de mundos que dan el inicio de otra realidad, la cual no coincide con el centro y desde donde se ve el mundo de manera distinta¹⁰.

Ahora volviendo a la realidad social, se pueden ver bastantes ejemplos que evocan el problema de una diversidad no reconocida, no inscrita en los conceptos de los derechos democráticos del Estado moderno actual. Miremos casos como el de los gitanos en Europa y el de la población indígena en América Latina.

Los gitanos¹¹ presentan una de las problemáticas más difíciles de comprender y manejar en el continente europeo: los derechos de ciudadanos que son distintos del grupo que dio el origen nacio-

¹⁰ Sobre el mundo moderno / colonial y espacio fronterizo véase mi artículo “La conquista del Caribe en el siglo XVI. Historia local-diseño global”, en Ardila, Martha (comp.). *El gran Caribe: historia, cultura y política*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia (Pretextos No. 29), 2005, pp.25- 50, y mi ponencia “Pensamiento fronterizo y diferencias coloniales en *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca”, Cuarto Congreso de Latinoamericanistas Europeos, CEISAL, Bratislava, 2004.

¹¹ Véase Vera Mutafchieva. “The Nation of the Others (Historical study) The Turk, the Jew and the Gypsy”, en *Relations of Compatibility and incompatibility between Christians and Muslim in Bulgaria*. Ed. by Antonina Zhelyazkova, International center for minority studies and intercultural relations Foundation, Sofia, 1994.

nal. Los gitanos son un grupo de personas que forman una comunidad que no fue asimilada con el transcurrir del tiempo y hoy día se identifica de manera distinta a la identidad nacional del Estado al cual pertenece. Es una comunidad dentro de la comunidad nacional, al mismo tiempo, dispersa por toda Europa, también por el resto del mundo. Hoy día, cuando los nacionalismos en Europa Central y Oriental tienden a ser más xenofóbicos que los de Europa Occidental, muchas veces el problema gitano se convierte en la prueba conducente de que hay un ultranacionalismo que trata de exaltar los sentimientos de la población nacional, para oponerla a las poblaciones identificadas de manera distinta. Los conceptos de ciudadanía, los derechos humanos, están puestos a prueba a través de la fuerza de la idea nacional que trata de imponerse como más fundamental en la sociedad supuestamente democrática.

Ahora, para explicar el caso de los gitanos en Europa Central y Oriental, vamos a partir de la situación particular del pueblo romi, como se denominan los gitanos a sí mismos, en un país concreto: Bulgaria. Durante la primera mitad del año 2005 en el Estado búlgaro se observó un fuerte incremento del conflicto entre la población gitana y el resto de la población búlgara. El problema gitano tiene

origen antiguo, no obstante, es un hecho que después de la caída del comunismo (1989) se profundizó y convirtió en un problema nacional. Al mismo tiempo, en la escena política búlgara aparecieron por lo menos dos partidos políticos ultranacionalistas que utilizan discursos xenofóbicos para oponer los gitanos al resto de la población, culpando a los gitanos de ser no búlgaro o de no ser puros búlgaros, además están las acusaciones de que los romi se dedican a la delincuencia y viven sin aportar con su trabajo para la sociedad civil.

Uno de los partidos, la Unión Nacional Búlgara (BNS) inicia su discurso con la autodenominación: “nosotros, los nacionalistas búlgaros”, para denunciar a todos los enemigos de la nación búlgara, dentro de éstos están los gitanos¹². Otro partido similar, Ataka, se formó en el 2005 y ganó 8% de los votos en las últimas elecciones para el Parlamento búlgaro (2005). En un documento reciente de este partido, “La declaración sobre el incremento de la delincuencia de los gitanos en Bulgaria” (3 de agosto de 2005) el líder político, Volen Siderov, acusa el Estado búlgaro por abandonar sus obligaciones de proteger el pueblo búlgaro, entonces ATAKA va a proponer una ley en el Parlamento para que se preparen grupos voluntarios de autodefensa para proteger la población amenazada¹³.

¹² Veá: http://bgns.net/site/index.php?option=com_frontpage&Itemid=1

¹³ Veá: <http://www.ataka.bg/index.php>

La comunidad gitana tiende a ser una comunidad visible donde hay leyes propias y formas de autogobernación que no cooperan siempre con las de la sociedad civil y nacional. Durante el transcurso del tiempo en Europa Oriental y Central “ser gitano” adoptó el sentido de alguien que es marginado, de espíritu libre, pero no se dejó someter a las leyes de la sociedad donde vive. Además, ésta es siempre de origen distinto y por eso define el gitano como “un otro”, hoy día “el otro” que tiene culpa de las desgracias de esta sociedad.

La política europea respecto de la población romi era clasificarla y tratarla como a una de las minorías étnicas que se extienden por toda Europa, entonces incluir la comunidad gitana dentro de la mayoría nacional es el fin para garantizar los derechos democráticos de toda la población. Los países europeos que experimentaron el “socialismo real” trataron de asegurar vivienda, trabajo, educación y salud para los gitanos dentro de una política estatal que pretendía establecer equidad e igualdad de condiciones para toda la población. Sin embargo, ni siquiera el régimen dictatorial de los estados comunistas pudo acercar y disminuir las diferencias entre los del pueblo romi y los otros. Cuando cayó el comunismo en Europa Central y del Este (1989), las brechas entre el pueblo romi y los demás habitantes aparecieron tan rápido como vino la desigualdad social y el desempleo en las sociedades poscomunistas. Hoy la realidad que se presenta en Eslovaquia, Hungría,

Ucrania, Bulgaria, Rumania, Serbia, Bosnia y Montenegro, entre otras, es una fuerte tensión entre los de la comunidad romi y el resto de la población nacional.

El Estado democrático todavía no encuentra solución satisfactoria, pero parece que no es posible planearla desde el concepto de ciudadanía donde está la igualdad de derechos, al mismo tiempo cuando el Estado nacional establece la binariedad de mayorías y minorías nacionales. Hagan lo que hagan los del pueblo romi, son minorías según los criterios de la identidad nacional aunque tienen la nacionalidad oficial del país donde residen. Sin embargo, hoy día la palabra “minoría” no es sólo un término de uso político y social, sino ha adquirido también un fuerte sentido despectivo que evoca la idea de los que les toca aceptar la voluntad de los demás (de la mayoría) por ser vistos como gente de segunda que nunca lograrían ser de primera. Respetar las minorías muchas veces significa tolerancia hacia éstas, pero sin su aceptación. Entonces en un momento de crisis, el equilibrio construido sobre la base de no reconocimiento de las diferencias, se rompe y se abre espacio para conflictos xenofóbicos y acusaciones de respetar las identidades. Una crítica no anunciada en voz alta contra el Estado democrático, el concepto tradicional de la ciudadanía, la noción de tolerancia étnica y nacional, se esconde detrás del caso del pueblo romi.

En América Latina a través de la situación de la población indígena se evoca otro grave problema: cómo rendir lealtad

a su comunidad y al Estado al mismo tiempo, cuando la identidad de origen es la visible, es decir, más fuerte, y la otra, dada como supuesta, pero no siempre presente, sin embargo, portadora de valores que no coinciden o a veces se oponen a los que pertenecen a la primera.

La identidad que se da en las comunidades indígenas, por ejemplo, en Colombia es de lazos sociales, económicos, políticos y culturales de naturaleza visible, por ser más pequeñas y compactas que de la nación. Esta identidad, además, es más fuerte, por ser construida y transmitida en el círculo de la microestructura de la sociedad: la familia, la aldea, en fáciles relaciones con la macroestructura -la tribu, la comunidad indígena-. La identidad nacional, en este caso, aparece siempre como segunda, por estar en otro lugar, distinto y expresada de manera simbólica, pero no en el lenguaje de la primera comunidad. Además, la comunicación entre la primera identidad y la segunda es bastante difícil no sólo por razones de lejanía territorial, diferencia de idiomas, de instituciones, de manera de vida, sino por el hecho de que la primera debe inscribirse en los valores nacionales de la segunda, pero la segunda

no está obligada a coincidir con la primera, mucho menos a identificarse con ella.

Viviendo dentro de una realidad de Estado-nación, las pequeñas identidades indígenas¹⁴ tarde o temprano llegan al punto de tener que reconciliar valores de su identidad con las de la grande; algunas veces el proceso se puede dar como una renuncia a lo propio frente a lo nacional, sin reciprocidad. Así, se llega hasta los casos en que las comunidades indígenas deben ceder territorio de sus resguardos para proyectos estatales y/o multinacionales, como sucede con la comunidad Embera en Colombia¹⁵. El Estado nacional exige su sacrificio como una forma de lealtad hacia la nación. Sin embargo, para los representantes de las comunidades indígenas esto tiene otro sentido, no seguir fiel a las creencias ancestrales que son el fundamento de la identidad de las tribus donde el sentido de la Tierra es el de ser la Madre Tierra para todos, lugar sagrado y nunca propiedad exclusiva para unos, por ir más allá del concepto de pertenencia. Lo nacional y lo tribal, en este caso, parecen irreconciliables: rendir lealtad a la comunidad, significa seguir el concepto de equilibrio del sistema naturaleza/ser humano; ren-

¹⁴ Hay una diferencia entre la variedad de comunidades indígenas en Colombia, Ecuador, Brasil y los pueblos indígenas en Bolivia, Perú, México, Chile. Los segundos están agrupados a través de una memoria histórica de viejos estados que los unieron; los primeros no siempre tienen un referente tan importante para su identificación.

¹⁵ Todavía no hay un acuerdo funcional entre los funcionarios de la empresa Urrá y los indígenas de los ríos Sinú y Verde, donde vive la comunidad Embera, para concertar el pago de la indemnización a la que tienen derecho por utilizar la empresa sus territorios, de acuerdo con lo establecido por una sentencia de la Corte Constitucional. Sobre la problemática de las comunidades indígenas colombianas en relación con los derechos de ciudadanía y medio ambiente. Véase http://www.censat.org/A_A_Index_Primer_Pagina.htm

dir lealtad a la identidad nacional significa estar dispuesto a sacrificarse por el bien del Estado-nacional. No obstante, es obvio que una de las dos identidades -la indígena- es más fuerte que la otra, aunque las dos conviven simultáneamente y pueden coincidir en el mismo lugar.

En México el movimiento zapatista¹⁶ anuncia que los indígenas y los mestizos son puestos en una situación como si tuvieran derechos de ciudadanos de minoría cuando en realidad, no sólo son la mayoría sino, además, son los sucesores de la cultura ancestral, la cual entró en la formación de la sociedad contemporánea mexicana junto con la herencia europea. La gran pregunta de es: ¿qué se puede hacer para que no se renuncie a las diferencias culturales, cuando se trata de respetar los derechos democráticos de los ciudadanos?

La respuesta, con seguridad, no es la asimilación de los ciudadanos de un origen cultural distinto, ni la marginación, ni la negación de sus diferencias, ni la tolerancia, la cual al momento de agotarse lleva a conflictos y guerras de gran tamaño, es el caso de lo sucedido en la ex Yugoslavia. La experiencia histórica mostró a dónde llevan todos estos caminos y no se trata de repetir lecciones que ya se dieron. Sin embargo, queda una oportunidad: la de tomar la diversidad humana no como un complemento adicional y vergonzoso, sino como la base natural para

la sociedad democrática y la ciudadanía que no se cierra solo en lo nacional y en una sola identidad.

V. CONCLUSIONES

Las identidades, sean o no nacionales, sufren cambios y transformaciones con el correr del tiempo y dentro de un contexto coyuntural. Un francés de las colonias de Francia en Norteamérica se convierte en francés canadiense en el siglo XIX, francófono en el siglo XX, quebequense desde la mitad del siglo XX. Pero, además de estar sometidas a transformaciones, las identidades siempre han convivido con otras identidades construyendo una red de correspondencias jerárquicas, transversales, preferenciales, periféricas, etc.

Antes de la sociedad moderna europea (los siglos anteriores del XVIII) las identidades eran prioritariamente transversales: esto quiere decir que fácilmente se cruzaba y traspasaba de una a otra identidad, dependiendo de las necesidades sociales, económicas, políticas. El súbdito de un rey cambiaba de señor como variaba la coyuntura política y militar manejada por los monarcas. Además, no había solo una identidad representativa, porque dependía frente a quién y qué se presenta la persona o la comunidad: los judíos eran identificados como los comerciantes por excelencia en cuestiones de oficio al mis-

¹⁶ Sobre el movimiento zapatista véase su página oficial donde se encuentran textos, documentos y notas de prensa: <http://www.ezln.org/>

mo tiempo de ser habitantes de países europeos o viejos imperios como el Imperio Otomano; los turcos otomanos son prioritariamente militares de profesión y en cuestión de religión, musulmanes; los gitanos son músicos en cualquier Estado que estén, etc.

En la actualidad somos testigos de una revancha de la diversidad de identidades que tienden a ser transversales como antes y también de una manera más compleja. Identidades políticas se cruzan con identidades étnicas o se oponen, pero no se renuncian (ser turco no es renunciar a ser kurdo); identidades regionales y locales se interponen como significativas (ser costeño, ser caribeño); las identidades supranacionales son de índole distinta, pero importantes en la hora de identificación (ser europeo, ser latino, ser africano); las religiones marcan gran parte de la población mundial: la solidaridad y la fraternidad que se establece entre gente de creencias religiosas comunes es muchas veces más fuerte que poseer otras identidades (ser musulmán en Europa, ser un seguidor de un gurú hindú); las identidades ancestrales, indígenas, tribales, conviven con la modernidad nacional (los nativos en las dos Américas); las identidades ideológicas, políticas, culturales nos diferencian y nos unen a pesar de las fronteras estatales (los ecologistas y defensores del medio ambiente por el mundo); los gremios han hecho lazos que no se limitan solo a los grupos regionales y estatales (gremio de los comerciantes, de los artis-

tas); al final, los emigrantes, los refugiados, los apátridas, los que viven fuera de su lugar natal, pero no pierden el contacto con su núcleo cultural con el cual se identifican adoptando o no otra identidad, este fenómeno es de los más significativos en el día de hoy y por eso se ha vuelto un tema de investigación, debate actual y cuestión de la posición de la política nacional.

Las identidades no están desapareciendo, tener identidad es tener memoria, tener sentido de estar aquí y ahora y saber mirar en el futuro sea lo que sea a través de una comunidad dada o en camino de formación. Por eso globalización no quiere decir homogenización de la población del planeta: es que la cuestión de la identidad no es algo que aparece temporalmente, como una moda pasajera y de mucha vanidad: es que el ser humano es quien construye su identidad.

BIBLIOGRAFÍA

Libros:

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Cannor, Walker. *Etnonacionalismo*. Madrid, Ed. Trama, 1998.
- Hobsbawm, Eric J. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991.
- Hobsbawm, Eric J. *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica Grijalbo. Mondadori, 1998.
- Huntington, Samuel P. *Who are we? The e Challen-*

ges to America's National Identity, New York, Simon&Schuster, 2004 (Traducción en español de Albinos Santos Mosquera, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Barcelona, Paidós, 2004).

Hommi Bhabha K. *The location of the culture*. London. New York, Routledge, 1994.

Kohn, Hans. *El nacionalismo, su significado y su historia*. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1966.

Kymlicka, William. *Ciudadanía multicultural*. Barcelona, Paidós, 1996.

Minoglo, Walter D. *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000. (Traducción en español: *Historias locales/diseños globales: Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Ed. Akal, 2003).

The invention of tradition. Ed. by Eric Hobsbawm and Terence Ranger. New York, Cambridge University Press, 1997.

Smith, Anthony D. *La identidad nacional*. Madrid, Trama Editorial, 1997.

Artículos:

Escobar, Arturo. "Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano", Revisado de una versión presentada al Tercer Congreso Internacional de Latinoamericanistas en Europa, Traducción del original en inglés por Eduardo Restrepo, Amsterdam, 3-6 de julio. En CEISAL, ed. 2002. *Cruzando fronteras en América Latina*, CEDLA. Ámsterdam.

Gilhodes, Pierre. "Un sistema internacional inestable con dominio de Estados Unidos", en *OASIS*, No.10, 2004/2005, CIPE, Univer-

sidad Externado de Colombia, pp. 5 – 42.

Mutafchieva, Vera. "The Nation of the Others (Historical study) The Turk, the Jew and the Gypsy", en *Relations of Compatibility and incompatibility between Christians and Muslim in Bulgaria*. Ed. by Antonina Zhelyazkova, International center for minority studies and intercultural relations Foundation, Sofia, 1994.

Pratt, Mary Louise. "La heterogeneidad y el pánico de la teoría", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXI, No. 42, Lima-Berkeley, 2do. Semestre de 1995; pp. 21-27.

Santamaría, Antonio. "El estado de la cuestión: nacionalismo, identidad y etnicidad. Nuevos enfoques, nuevas teorías", en *El Viejo Topo*, núms. 203 y 204, año 2005, febrero y marzo, pp.31 - 41 y pp. 51-59.

Otros

<http://www.ezln.org/>

http://www.censat.org/A_A_Index_Primer_Pagina.htm

Ikonómová, Aneta de la Mar.
"Identities e identidad nacional en el mundo contemporáneo", en *Oasis* 2005-06, núm. 11, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales. Universidad Externado de Colombia, pp. 19-38.